

LAS RECONSTRUCCIONES EN ARQUEOLOGÍA

por Carlos R. Margáin

La idea de expresar algunos conceptos sobre el objeto que tiene reconstruir materialmente una ruina arqueológica, se produjo el día en que oímos decir a un colega —muy experto en reconstrucciones— que: “reconstruir *in situ* una ruina arqueológica es algo que se hace para los tontos”.

Claro está que para el colega “tontos” son todos aquellos no versados técnicamente en la arqueología. Pero aun considerando que dicha expresión fuera emitida en sentido meramente humorístico, tenemos la impresión —de acuerdo con nuestras experiencias— que entre los arqueólogos mismos no existe un índice básico definido que les sirva para normar el criterio al respecto. ¿Por qué se han de hacer las reconstrucciones?, nos parece que cada uno sigue un criterio personal al hacerlas y otros ni siquiera eso.

Hay inclusive arqueólogos que consideran que el esfuerzo y los considerables gastos que requieren las reconstrucciones son algo que, desde el punto de vista “estrictamente científico”, no tiene necesidad de ser; ya que la investigación propiamente dicha no avanza un ápice con que se lleven a cabo en forma material —y por demás costosa— las reconstrucciones, que ya han sido hechas en el gabinete gracias a los datos recabados durante las exploraciones. Es obvio que el técnico no necesita ver una ruina reconstruida materialmente para darse cuenta y poder —con la interpretación de datos y técnicas que él conoce— reconstruir mental o gráficamente un edificio que para el profano no es otra cosa que un montón de escombros, agujeros, tierra y piedras.

Es indudable que desde el punto de vista de “la ciencia por la ciencia”, lo más importante en primero y último término es obtener “el dato”. Es un hecho también que para el técnico lo más costoso es lo menos valioso: hacer una exploración es muchísimo más económico que hacer una reconstrucción. Es incuestionable de más valor para la ciencia un pozo estratigráfico

bien localizado —cuya factura es de lo más económica que la reconstrucción espectacular de una pirámide, de un templo, etc.—, la cual cuenta miles de pesos. Es más valioso para la ciencia un pozo que produzca miles de fragmentos por caso, llena de joyas.

Pero, si ello es así, ¿cuál es la o las razones que motivan las reconstrucciones? ¿Por qué los arqueólogos hacen trabajos espectaculares de reconstrucción?

Según nuestro personal modo de ver las cosas, consideramos que sólo debería de existir una razón-eje, básica, fundamental, que encauce la ejecución de los trabajos de reconstrucción material *in situ* de las ruinas arqueológicas. Pero, es precisamente la falta, la carencia de una orientación matriz, definida (en derredor de la cual giren ya los numerosos problemas —de detalle— en las reconstrucciones) la que origina una serie de fenómenos muy curiosos, respecto a algunos de los cuales pasaremos a referirnos.

Existe por ejemplo una “razón” por la cual hasta los colegas partidarios de “La ciencia por la ciencia” aceptan la “necesidad” de llevar a cabo reconstrucciones espectaculares. Es una “razón” de carácter prosaicamente utilitario y ella induce a pensar, a los antedichos colegas, que los esfuerzos y gastos emprendidos para hacer reconstrucciones “innecesarias para la investigación” son, casi, por así decirlo, una especie de mal inevitable; es decir, que ellos emprenden y ejecutan a conciencia trabajos de reconstrucción porque —por razones que en ensiguenda explicaremos— se ven “obligados” a ello; en otras palabras “necesidades materiales” son las que los guían a hacer las ya tan repetidamente mencionadas construcciones. Intelectualmente, éticamente están contra ellas (ya que con esos trabajos la investigación, la “ciencia pura” para llamarla con toda la pompa, no adelanta “un ápice”). Y esto es un error craso, creemos nosotros.

A continuación especificaremos algo de lo concerniente a esa “razón” de tan materialista carácter. Para exponerla con método la llamaremos: *Razón utilitaria de trascendencia inmediata*.

Hay una serie de reconstrucciones que se hacen y han sido hechas con un objetivo muy determinado: “impresionar” a “cierta” gente. Esto es algo conocido por todos los arqueólogos del mundo. Pertenece casi a la categoría de secretos profesionales que yo atrevidamente presento ahora en “decoración negro sobre blanco”.

Es un hecho que todos los arqueólogos profesionales del mundo trabajamos a expensas de entidades muy especiales, en México, por ejemplo, fundamentalmente del Gobierno; en los EEUU de Norteamérica, de Instituciones o Fundaciones particulares; es decir, los profesionales de la antropología y muy especialmente los arqueólogos no nos mantenemos, no vivimos por trabajos retribuidos por el público directamente —como lo hacen los médicos, arquitectos, ingenieros y abogados, etc.— o sea que, “el sudor de nuestra frente” (con el cual, según las sagradas escrituras cristianas, debemos de “ganar el pan diario de cada día”) no nos lo remunera —en efectivo— el público mismo, razón por la cual —dicho sea entre paréntesis— ningún arqueólogo se podrá nunca hacer millonario con su trabajo, como lo logran muchos otros seres que escogieron otras actividades más lucrativas, véanse: políticos, comerciantes, monopolistas, etcétera.

Debido a ello, si el arqueólogo se dedicara solamente a “La ciencia” —como debiera hacerlo según los partidarios de la “ciencia por la ciencia”—, es decir, si nada más se preocupara por sacar exclusivamente lo que para él tiene valor desde el punto de vista científico, esto es: datos, representados en su gran mayoría por cosas que no tienen nada de espectaculares (como tepalcates o tiestos, vasijas, huesos, medidas, dibujos, etc.), pocos serían los arqueólogos que existirían, ya que —y es un hecho— los fondos disponibles para las investigaciones arqueológicas exclusivamente científicas, serían muchísimo menores que los que ha habido y hay en la actualidad.

Unos ejemplos que generalicen la realidad, explicarán mejor la idea que queremos expresar. Tomemos una Institución, una fundación de esas que tienen muchas, pero muchas “divisas” —legadas por algún personaje que, por no

haberse dedicado a la arqueología, le fue factible hacerse millonario y llegó a acumular tanto dinero que pudo dejar, después de su muerte por lo general, una buena parte para que fuera utilizada en “patrocinar investigaciones científicas”, entre las cuales, desde luego, es posible incluir las arqueológicas—. Esos legados son manejados con el mayor escrúpulo y son varios los personajes encargados de la disposición y distribución de esos fondos.

Para que a la investigación arqueológica le llegue a tocar parte de ese motivo son necesarias muchas, pero muchas cosas, entre ellas, por ejemplo, que alguno de los personajes antedichos sienta, por una u otra razón, inclinación por la arqueología. Ya sea porque le interese en sí o porque piense que trabajos de esa índole le darán prestigio a la fundación.

Consideremos todos los requisitos y las circunstancias propicias satisfechas, y ya tenemos los arqueólogos trabajando por y para la Fundación. Sin decirse ya que los trabajos de investigación que desarrollen, serán muy buenos y entre los círculos científicos se reconocerá ampliamente su valor, con lo cual la Fundación y el personaje que puso su opinión e influencia a favor de los trabajos arqueológicos, estarán muy contentos, pero —los colegas de “la ciencia por la ciencia” consideran que— esto no les basta ya que tarde o temprano llegan a pensar que no sólo los reducidos y selectos grupos científicos deben de enterarse de la brillante labor que desarrolla la Fundación (gracias a los consejos de los personajes que la administran, desde luego) y viene el momento en que es necesario que el Gran Público se entere de los mismo... y es aquí cuando —según los archicientíficos colegas— los arqueólogos se ven “obligados” a producir hallazgos espectaculares; y así aparecen, templos, entierros o tumbas, pirámides, etc., bien llamativos (que la prensa o la realidad misma inclusive se encargan nuevamente de influir para que se sigan destinando más cantidades para los trabajos arqueológicos).

Acabamos, pues de exponer una “razón” por la cual los arqueólogos se ven —por lo que parecen— “obligados” a ejecutar llamativas obras.

Traslademos ahora la situación a México (en dónde, por cierto, distintas Fundaciones han invertido millones de pesos a través de los años, sin otro objetivo que el de realzar el nombre de la Institución en forma más o menos similar a la antes descrita).

Por el hecho de ser entidades gubernamentales las que patrocinan básicamente las actividades de los arqueólogos mexicanos, la situación es un tanto distinta en varios aspectos (entre otros el de los emolumentos personales, para citar una razón muy prosaica pero de “inmediata trascendencia”, ¿o no queridos colegas connacionales?) a lo que acontece con las instituciones particulares ricas en “divisas”.

En el presente caso los personajes aislados, los individuos no tienen —salvo excepciones contadísimas— la misma influencia de carácter decisivo que el de las instituciones privadas. Pero a la larga —consideran también los “puramente científicos” colegas— es así mismo “muy conveniente” a los arqueólogos al ejecutar trabajos espectaculares en una forma o en otra. Y, para esto es por cierto también necesario que el hada madrina de los arqueólogos, La suerte, le sea propicia con la debida oportunidad.

Una anécdota, en la cual el arqueólogo que tuvo principal parte en ella fue el maestro Caso, quizá explique con más claridad lo que queremos especificar.

Se trabaja en Monte Albán en una de las varias temporadas habidas hace unos diez o doce años. El maestro Caso laboraba ya desde hacía algunos meses con sus ayudantes cuando le fue avisado que el entonces Presidente de la República, el General Lázaro Cárdenas, pasaría a visitar la zona y los trabajos que se efectuaban. No sabemos si el maestro Caso se encomendó o no al hada madrina, pero casi la víspera de la visita presidencial fue descubierta una de las tumbas más hermosas y llamativas de las halladas en Monte Albán. Fue la 104. Se descubrió su localización y, desde el primer momento, presentó características notables en todos sentidos, esto es, llamativa inclusive para el profano: la fachada de la tumba —subterránea— tenía una espectacular escultura, una deidad, situada arriba de la entrada en forma impresionan-

te; la puerta también presentaba características notables, ya que estaba cubierta por una gran lápida monolítica llena de inscripciones.

El señor Presidente la abrió personalmente y con propia mano, a guisa de ayudante, apuntó los primeros datos técnicos que le fuera dictando Caso. La tumba si bien que no contuvo joyas espectaculares —la suerte no podía ser tanta— sí resultó, como hemos dicho, una de las más notables; entre otras cosas porque estaba cubierta de pinturas en toda su extensión.

Ya para despedirse, el Presidente le preguntó a Caso qué deidad era la que estaba representada por la bella escultura situada arriba de la puerta de la tumba que él acababa de abrir. La escultura era la de una hierática figura que tenía una mano extendida hacia delante y con la palma de la mano hacia arriba, y con la otra sostenía una especie de bolsa. Con la agudeza que caracteriza todos los actos del maestro Caso, de inmediato le respondió al Presidente Cárdenas: —“Señor Presidente, esa es la diosa de los arqueólogos. ¿Ve Ud.? En una mano sostiene una bolsa la cual está permanentemente vacía, y la otra mano la tiene extendida, como Ud. ve, en actitud, también permanentemente, de pedir”.

La respuesta —que después fue completada en forma más técnica y científica—, así como lo importante y espectacular de la tumba descubierta, le valió de inmediato a los arqueólogos una buena cantidad adicional para sus trabajos.

Si en lugar de esa bella y llamativa tumba el maestro Caso le hubiera mostrado al señor Presidente uno de los pozos estratigráficos de 8 metros, en donde “sólo” aparecían centenares y más centenares de “tepalcates” o tiestos, por más explicaciones que el Presidente hubiera recibido, es difícil pensar que quedara impresionado en la misma forma que lo fue gracias a la Tumba núm. 104. Y aunque comprendiera la cabal importancia de los tepalcates no es de creerse que reaccionara en la forma que lo hizo, si en lugar de haber abierto esa tumba y de oír la ingeniosa y oportuna “explicación”, se le hubiera mostrado unos 30 000 tepalcates expuestos en la forma más espectacular que imaginarse pueda.

Hay otro factor que el arqueólogo mexicano tiene que tomar en consideración (quíralo o no, según los colegas de la “ciencia pura”) cuando ejecutan trabajos y piensa en la financiación de ellos: los gobiernos estatales por lo común están dispuestos a contribuir económicamente a trabajos de esa naturaleza, siempre y cuando éstos den por resultado cosas aparatosas que los gobernantes puedan presentar en forma tangible y objetiva de tal manera que todos sus conciudadanos las perciban de inmediato; por lo demás es un hecho que una zona arqueológica reconstruida reconvierte en un punto de atracción turística, lo cual justifica, al gobernante y gobernados, en forma material, la inversión.

Las realidades antes ejemplificadas, que están basadas en cosas de orden tan estrictamente material, son las que aparentemente hacen “necesarias” las —según— los multicitados colegas ultra —científicos— las “innecesarias” obras de reconstrucción tan costosas en tiempo y dinero.

Pero, según nosotros, la realidad, la verdad es otra. Existe una razón de carácter absoluta y totalmente opuesta a la dizque “razón” acabada de exponer. Ella obliga éticamente a los investigadores y a la investigación misma de la arqueología a ejecutar obras del tipo de las reconstrucciones *in situ* de las ruinas arqueológicas. Para proseguir la exposición de nuestras ideas con el método que las iniciamos, la llamaremos: *Razón trascendental básica que debe encauzar los trabajos de reconstrucción*

Esta razón, según nosotros, sirve para explicar, entre otras cosas, que no sólo por razones utilitario-económicas (como las expuestas en líneas anteriores) se hace necesario hacer reconstrucciones, si no que la factura de ellas es algo básico, fundamental e imprescindible en los trabajos arqueológicos (cuando ellos lo permitan, claro está).

¿Cuál es el objeto que perseguimos los arqueólogos al ejecutar nuestro trabajo? Hacer investigaciones de campo y gabinete, acerca de cuyos resultados estén enterados solamente los colegas. Es decir, nuestro objetivo final es producir maravillosas obras de investigación con

un acopio de datos fenomenalmente científicos y, si acaso, procurar que esas “maravillas” estén lo más pulcramente presentadas. Bien impresas, etc., para que los colegas nacionales y extranjeros las puedan consultar y las aprecien en todo su “profundo” valor, y que, por su mismo carácter, exclusivamente técnico, sólo sean de fácil acceso a los versados.

No creemos que esa deba ser la finalidad exclusiva de la arqueología. Finalidad quiere decir lo último, el fin; si es así, entonces, bien está que todos los arqueólogos hagamos cuantos trabajos científicos se quiera —y si esos trabajos reúnen todos y cada unos de los requisitos científicos que hayan menester, mejor que mejor—, pero eso —si bien que absolutamente imprescindible y bajo todos aspectos necesario—, eso repetimos, no puede, no debe ser el fin, la finalidad de los estudios arqueológicos.

La arqueología al igual que todas las ciencias —pero ella muy en particular— no es una ciencia que deba quedar encasillada en las torres de marfil de los investigadores; la arqueología, como toda investigación, tiene que tener como finalidad la enseñanza del hombre y del “hombre” en general, no del hombre investigador nada más.

Si el ser humano ha desarrollado las investigaciones arqueológicas al grado de darles ya el calificativo de “ciencia”, lo ha hecho porque en la eterna búsqueda del conocimiento de sí mismo, considera que lo que él hizo en el pasado le puede servir de orientación en el presente. “La ciencia por la ciencia” en arqueología es un absurdo, consideramos nosotros.

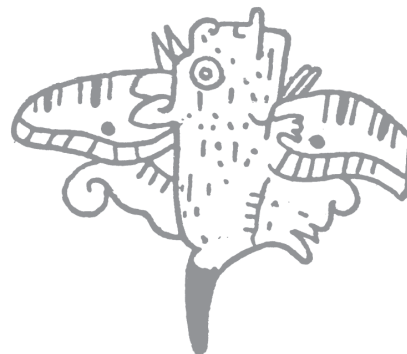
Si la tradición cultural del pasado de un pueblo constituye parte del dinamismo cultural, latente y efectivo del mismo, el papel de la arqueología estriba en hacer ver la tradición en la forma más objetiva. Y si consideramos que las investigaciones arqueológicas precisamente trabajan con los restos materiales de las culturas del pasado, una de sus finalidades fundamentales es entonces dar a conocer, en la mejor forma posible —es decir, en una buena parte, reconstruyendo materialmente *in situ*— los restos que el arqueólogo descubra e interprete gracias a sus conocimientos y técnicas. Su papel

es presentar lo que el hombre del pasado nos legó en forma de restos materiales, de tal manera que esos restos “hablen” no sólo al técnico, no sólo al arqueólogo, sino al común de los hombres, en la forma como los restos del pasado de un pueblo pueden y deben “hablar” a un artista, a un poeta, a un pintor, a un arquitecto, a un ingeniero, a un hombre de la calle con poca o nada de cultura y, queridos colegas, no debe de preocuparnos la indudable y eterna existencia de esos tipos —que hay en todo el mundo y que abundan entre los llamados “turistas”— que por más claras y evidentes que se les presenten y expliquen las cosas, resultan diciendo una de tantas sandeces, que todos conocemos, que pueden quedar resumidas en los siguientes tipos de frases, Una “los “antiguos” conocieron el cemento armado (cuando ven una reconstrucción hecha, por X razones, con materiales o técnicas absolutamente modernas). Otra, “vaya imaginación la de los arqueólogos, pues, de un montón de escombros han creado todo un edificio”. Este tipo de gente no es simplemente “tonta”. Es algo más.

Resumiendo. En conclusión, nosotros consideramos que las reconstrucciones de ruinas arqueológicas *in situ* deben siempre de ser hechas con la idea de que el hombre de hoy —intelectual o lego— perciba en la mejor forma el positivo “mensaje” cultural que contienen los restos materiales dejados por el hombre del pasado.

Si se tiene en cuenta lo anterior, se obtiene: por una parte, a) la enorme satisfacción que representa para el arqueólogo el poder hacer “vivir” lo muerto, de acuerdo con el número de datos, indicios o descubrimientos que él logre hacer durante sus casi siempre laboriosísimos y poco llamativos estudios y trabajos. Esta satisfacción es de todo punto incomparable a la que pueda recibirlo cuando, por haber hecho “vivir” lo muerto, recibe estímulos de orden material; por otra parte, b) al quedar encauzados los trabajos de reconstrucción adquirirán así mismo un sentido determinado y su solución se podrá encontrar en forma ya encauzada, puesto que tiende a un fin preciso; hacer “hablar”, hacer “vivir” lo ya muerto.

Claro está que las dotes personales —la inteligencia, la genialidad— de cada investigador serán las que, a fin de cuentas, harán posibles que esa especie de “resurrección” del hombre del pasado, sea presentada al hombre del presente en una forma en extremo brillante y por demás elocuente, o por el contrario, sólo exprese una pequeña parte del “mensaje” que en si porta toda ruina arqueológica.



Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología

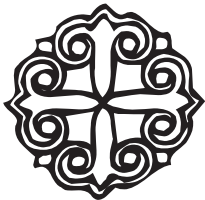


ARQUEOLOGÍA, núm. 39

í n d i c e

- 3 Presentación**
- 5** Liliana Torres Sanders,
Armando de Jesús Romero
Monteverde y Luis Adrián
Alvarado Viñas
**Los pericúes de Monte
Cuevoso, Baja California Sur: su
entorno, costumbres y salud**
- 21** John P. Carpenter Slavens y
Guadalupe Sánchez Miranda
**Entre la Sierra Madre y el mar: la
arqueología de Sinaloa**
- 46** Diana Zaragoza Ocaña
**El mundo mágico del curandero
en el noreste de México**
- 65** Michael Lind
**La Gran Cuadra de la ciudad:
el gobierno prehispánico de
Cholula**
- 77** Araceli Rojas Martínez
Gracida
**Los entretenedores en los
policromos del tipo Albina de
Cholula: una propuesta
iconográfica**
- 92** Alberto Diez Barroso Repizo
**Ofrenda asociada a muro con
serpientes en Tenochtitlan:
análisis en torno al *huei
tzompantli***
- 108** Arnold Lebeuf
El Sol 4-Ollin de los aztecas
- 142** Jorge Cervantes Martínez
**La antigua iglesia de San Miguel
Chapultepec y sus enterríos**
- 155** Pedro Horacio López Garrido
**Organismos marinos asociados
al patrimonio cultural
sumergido de Campeche,
México: relación y efectos de la
interacción biológica**
- 173** Jesús E. Sánchez
**Siete reflexiones que
desmienten la teoría del objeto
de Jean Baudrillard**
- Noticias**
- Jesús E. Sánchez
**Sustento académico de la
propuesta para inscribir en
letras de oro en el recinto
legislativo del Distrito Federal
el nombre de Cuitláhuac, señor
de Iztapalapa, décimo *tlatohani*
mexica-tenochca**
- Informes del
Archivo Técnico**
- Yadira Martínez Calleja
**Miguel Sarmiento y la historia
de las investigaciones
arqueológicas en Cantona**
- Reseñas**
- Mónica Zamora Rivera
**La producción alfarera en el
México antiguo, III, IV y V**

Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología



ARQUEOLOGÍA, núm. 40

í n d i c e

- 3** **Presentación**
- 7** Rosa Ma. Reyna Robles
Las pinturas de la cueva del Cerro Tláloc en Xochipala, Guerrero
- 20** Roberto Martínez González, Ramón Viñas, Larissa Mendoza
Cueva de la Serpiente. Los ofidios con cuernos en la iconografía rupestre de Mulegé, Baja California Sur, México
- 38** Víctor Hugo Valdovinos Pérez
Una pintura rupestre del periodo Prehistórico tardío (700-1600) en el norte de Tamaulipas
- 57** Julie Gazzola
Uso de cinabrio en la pintura mural de Teotihuacán
- 71** Roberto Velázquez Cabrera
Generador de ruido bucal de ilmenita
- 96** Pedro López García, Denisse Argote Espino
Lógica difusa: un método de clasificación de materiales arqueológicos
- 115** Ángel García Cook
El Formativo en la mitad norte de la Cuenca de Oriental
- 153** María Teresa Muñoz Espinosa, José Carlos Castañeda Reyes
“Los Bailes”: un santuario para el culto a la fertilidad en la Sierra Gorda de Querétaro, México
- Noticias**
- Serafín Sánchez Pérez, Ricardo Leonel Cruz Jiménez
Estudio estratigráfico comparativo de San Miguel II, Villa de Álvarez, Colima
 - Rosalba Nieto Calleja
Alejandro Martínez Muriel (1946-2009). In memoriam
- Informes del Archivo Técnico**
- Francisco Rivas Castro
César Lizardi Ramos: informe del paradero y condiciones de cuatro esculturas pétreas precolombinas de Valle de Bravo

Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología



ARQUEOLOGÍA, núm. 41

í n d i c e

- 3** Presentación
- 5** Carlos Mandujano Álvarez
Sitios arqueológicos de la Sierra de La Giganta. Un primer acercamiento al patrón de asentamiento en el área de Loreto, B.C.S.
- 20** Luis Alfonso Grave Tirado
Del altiplano a la costa. Investigación arqueológica de salvamento en la nueva carretera Durango-Mazatlán
- 47** Julie Gazzola
Fuentes de abastecimiento de obsidiana en fases tempranas en Teotihuacán, México
- 64** Sandra Balanzario, Enrique Nalda
Contextos funerarios tempranos en Kohunlich
- 79** Alejandro Martínez Muriel,[†] Emilie Carreón Blaine
El cráneo de Santa Rosa, Chiapas
- 94** Alfonso A. Garduño Arzave
El estudio técnico militar de las mazas de batalla del Posclásico en México.
- 106** Alfonso A. Garduño Arzave
El macuahuitl (lanza de mano), un estudio tecno-arqueológico
- 116** Óscar Hugo Jiménez
Interpretación y propuesta de clasificación genética de las cavidades del Cerro de la Estrella, Iztapalapa, D.F.
- 132** Adolphus Langenscheidt
El aprovechamiento del oro en el área mesoamericana
- 148** Ricardo Leonel Cruz Jiménez, Melania Jiménez-Reyes, Dolores Tenorio
Análisis por activación neutrónica de obsidiana recolectada en el sitio arqueológico de Morgadal Grande, Veracruz
- Noticias**
- Daniel Juárez Cossío
Augusto Molina Montes: un recuento personal (1924-2008)
 - Joaquín Arroyo Cabrales, Eduardo Corona M.
Óscar J. Polaco (1952-2009)
In memoriam
 - Amalia Langenscheidt de Ruiz
Adolphus Langenscheidt Field (1931-2009)
In memoriam
 - Rosalba Nieto Calleja
Lorenzo Ochoa Salas
In memoriam
- Informes del Archivo Técnico**
- Lorenza López Mestas Camberos
Los trabajos arqueológicos de Ixtepete, Jalisco, en 1965